

cordial y afectuosa que tuvo Boileau de acoger y tratar al joven inglés, demuestra la estimación en que lo tenía. Departieron ambos interlocutores largamente de literatura, y el anciano habló tanto y tan bien, que cautivó á su joven colega. Ni podía ménos de ser así, porque Boileau poseía sin duda muchas de las cualidades indispensables á un gran crítico, y aún cuando carecía de imaginación, su buen sentido era sobresaliente, y así también el criterio y el tacto con que aplicaba los estrechos principios de su código literario, siendo su estilo, abstracción hecha de las ideas á que sirve de ropaje, verdadero modelo del arte de buen decir; y como conocía perfectamente los grandes maestros de la Grecia antigua, aunque no pudiera juzgar de manera conveniente su ingenio creador, admiraba la majestuosa naturalidad de su modo de ser; escuela de sencillez que le hizo despreciar siempre la hinchazón de estilo y el oropel. Fácil es descubrir en el *Spectator* y en el *Guardian* huellas evidentes de la influencia saludable y perniciosa que Boileau llegó á ejercer sobre Addison entónces.

X.

Durante la estancia de Addison en París, un suceso político de los más trascendentales tornó la capital de Francia en residencia muy desagradable para los ingleses, y sobre todo para los *whigs*. Porque como hubiera fallecido Carlos II, rey de España, y legado la corona de su imperio en ambos mundos á Felipe de Anjou, hijo segundo del Delfín, y violando Luis XIV sus anteriores compromisos con la Gran Bretaña y los Estados generales, acep-

tara la herencia en nombre de su nieto, llegó la casa de Borbon al apogeo de la grandeza humana. Con esto la Francia, sin prever el cúmulo inmenso de calamidades que la perfidia de su soberano traería sobre ella, se mostraba tan orgullosa, que la conversación francesa, como Addison decía, «comenzó á ser insoportable, y que la nación más vana del universo se hizo aún más vana todavía de lo que ántes había sido en ningún tiempo de su historia.» Cansado y molesto de la fatuidad de los parisienses, y persuadido acaso de que no tardaría en estallar la guerra entre la Francia y la Gran Bretaña, nuestro poeta determinó de partir para Italia.

XI.

El mes de Diciembre de 1700 Addison se hizo á la mar en Marsella la vuelta de Italia. Mas cuando navegaba por las costas de Liguria y se extasiaba contemplando los mirtos y los olivares que la poblaban, cubiertos de hoja en pleno solsticio de invierno, se levantó temerosa tempestad, y su espectáculo terrible le inspiró la oda que pareció mucho despues en el *Spectator*, que comienza con las palabras: «*How are thy servants blest, ó Lord!*» y que demuestra la impresión profunda que produjo en su ánimo aquel suceso. Al cabo, plugo al cielo que tras muchos días de ansiedad y de peligro inminente pudiera el buque llegar á Savona, de donde Addison se dirigió á Génova, pasando por las montañas y despeñaderos que luégo sirvieron de asiento á un camino admirable.

Hallábase sometida Génova entónces á la dominación del Dux y de los nobles, cuyos nombres ilus-

tres llenaban las páginas del Libro de oro. Addison permaneció muy pocos días allí; pero los aprovechó en admirar los magníficos palacios que ostentan sus calles tan estrechas, y los frescos que decoran sus paredes, y el soberbio templo de la Anunciación, y las tapicerías tan bellas, que representan las hazañas de la famosa y esclarecida familia de los Dorias. De Génova pasó á Milan, cuyo majestuoso *Duomo* ántes le causó asombro que no complacencia. Cruzó luego el lago Benaco durante una tormenta, y vió erguirse sus ondas tan furiosas y amenazadoras como las describe Virgilio, llegando á Venecia, la ciudad más alegre de toda Europa, en la época del Carnaval, la más alegre de Venecia, y pasándolo entre mascaradas, danzas, serenatas y funciones de teatro, cuyos argumentos absurdos, deshonra de la escena italiana, lo divertían é indignaban juntamente. Aparecía, vg., en cierta tragedia, por extremo ridícula, Catón prendado de la hija de Escipión, y ésta enamorada de César, lo cual sabido del primero le hace odiosa la vida, y poniendo en ejecución su pensamiento de darse muerte, se cierra en la biblioteca, y junto á una mesa, despues de haber leído unas páginas de Tasso y otras de Plutarco, toma un puñal, pronuncia un largo y monótono parlamento, y sin moverse de la silla se mata. Con ser *La muerte de Catón* muy mala, y á pesar de sus anacronismos y desatinos, es indudable que impresionó la imaginación del jóven viajero y que le sugirió la idea de tomar á Catón por asunto de una tragedia inglesa. Es singular que ningún biógrafo de Addison haya mencionado esta circunstancia tan digna de ser tomada en cuenta, sobre todo cuando no ignoran que comenzó á escribir su *Catón* por aquel tiempo, habiendo concluido cuatro actos ántes de regresar á Inglaterra.

XII.

De Venecia fué á Roma; pero no sin apartarse algo de su camino con el objeto de visitar el más pequeño de los Estados independientes de Europa, cual era y continúa siendo la república de San Marino, asentada en la cumbre de alto monte, y envuelta en nieve todavía, sin embargo de hallarse muy adelantada ya la primavera en Italia. La simplicidad de costumbres y de instituciones de tan singular Estado independiente, al que se llegaba por veredas impracticables casi, visitado de tan pocos viajeros, y del cual ninguno habia hecho descripciones nunca, excitó la sonrisa del poeta.

La primera estancia que hizo Addison en Roma fué muy breve, y apenas si permaneció allí el tiempo necesario á visitar San Pedro y el Panteón, sin que fuera eficaz á detenerlo la proximidad de la Semana Santa, en cuyos días atrae la grandeza y solemnidad de sus ceremonias religiosas tan considerable número de viajeros y peregrinos de los pueblos más apartados. No sabemos qué razones tendria para obrar así; pero es lo cierto que partió en posta para Nápoles por la vía Appia sin más tardanza.

No podia Nápoles ofrecer entónces á los extranjeros aquellas maravillosas curiosidades que hoy día prefieren á toda otra cosa los que van á visitarla. Porque si poseia el mismo magnífico puerto y la terrible montaña en cuyo seno ruge ardiente lava, una granja se alzaba sobre los techos del teatro de Herculano y viñedos sobre las calles de Pompeya; y aunque ninguna convulsión de la naturaleza hubiera ocultado á los ojos del hombre los templos

de Pæsto, era su existencia tan desconocida de todos, que ni áun los anticuarios y artistas podían dar razón de ellos; que, si bien se hallaban á pocas horas de la populosa capital donde acababa Salvator Rosa de pintar sus más hermosos cuadros, y daba Vico lecciones de ciencia, aquellos venerables despojos de antigüedad remota, cual las ciudades mejicanas cuyas ruinas ocultaron á los ojos del viajero los bosques nemorosos del Yucatan, eran tambien desconocidos de la Europa. Pero Addison vió todo cuanto podía verse á la sazón en Nápoles, subiendo hasta el cráter del Vesubio, explorando el *túnel* de Pausilipo, y paseando por los viñedos y almendrales de Caprea. Y áun cuando las maravillas de la naturaleza y las obras maestras del arte absorbían y preocupaban su atención, no por eso dejaba de advertir al paso los abusos del gobierno arbitrario y la miseria del pueblo; siendo esta observación la que hizo en Italia con más frecuencia, y la que lo confirmó en sus principios políticos, habiéndole surtido tanto efecto lo que vió en sus viajes por el extranjero, que siempre los recomendó como el mejor remedio para curar del jacobismo. ¿Acaso sirven los viajes, pregunta el *tory* cazador de zorros, en su *Freeholder*, sino para contagiarse de galicismo y aprender á *perorar contra la obediencia pasiva?*

XIII.

De Nápoles volvió Addison á Roma por mar, pasando á lo largo de la costa que Virgilio había celebrado, y despues de doblar el cabo en que los aventureros troyanos depositaron un remo y una

boeina sobre la tumba de Miseno, llegada que fué la noche, ancló al abrigo del famoso promontorio de Circe, tan ponderado en la mitología, y desembarcó en la embocadura del Tiber, cuyas aguas corrían entonces á la sombra de árboles frondosos, revueltas en arenas amarillas como el día de la llegada de Eneas. Del arruinado puerto de Ostia, fué Addison á Roma, donde pasó los meses calurosos y malsanos del año, y durante los cuales, áun en tiempo de Augusto, los romanos acaudalados y libres huían de la ciudad, de sus perros rabiosos y de sus mortíferas enfermedades, para gozar de las delicias del campo. Acaso, cuando más adelante dió gracias á la divina Providencia en una poesía por haberle conservado la salud en medio de una atmósfera viciada, lo hizo recordando y aludiendo á los meses de Agosto y Setiembre que residió en Roma con tanto riesgo de su vida.

Hasta fines de Octubre solamente no dijo Addison adiós á las obras maestras del arte antiguo y moderno acumuladas en la grandiosa ciudad que fué tan largo tiempo señora del mundo, y se dirigió hacia el Norte, pasando por Siena, cuya magnífica basílica le hizo dar un espacio al olvido sus preocupaciones en favor de la arquitectura clásica. Permaneció algun tiempo en Florencia entretenido en el museo, que prefería por sus esculturas al del Vaticano, y además en la grata compañía del duque de Shrewsbury, quien, sin olvidarse nunca de su en-cumbrado nacimiento, poseía el arte inapreciable de la más exquisita cortesía y afabilidad, y lo empujaba con cuantos se le acercaban. Addison tambien, cuando lograba desechar la timidez propia de su carácter, era de agradabilísimo trato. El Duque vivía de asiento en Toscana, desde que hubo satisfe-

cho sus ambiciones y se cansó de las luchas políticas, y temeroso y enemigo al propio tiempo de *whigs* y *tories*, determinó apartarse de todo y de todos, recogiendo á Italia, privando á su patria de los servicios tan relevantes que habria podido prestarle; que á poseer Shrewsbury principios sólidos y algun valor cívico, tan grande y claro era su talento, que hubiera sido uno de los hombres más eminentes de su siglo.

XIV.

Al partirse de Florencia, cruzó Addison una comarca, en la cual aún se advertían las huellas dolorosas de la última guerra, y cuyos habitantes comenzaban á preocuparse con espanto de las luchas más terribles que se preparaban, pues Eugenio habia bajado de los Alpes retianos para disputar á Catinat la feraz llanura de la Lombardia. El desleal soberano de Saboya pasaba todavía por aliado de Luis; y aunque la Inglaterra no habia declarado aún oficialmente la guerra á la Francia, el conde de Manchester ya no estaba en Paris, y las negociaciones que produjeron la grande alianza contra la casa de Borbon, tocaban á su término. Dadas estas circunstancias, un viajero inglés debia de apresurarse trasponer las fronteras de un país neutral, y así le hizo Addison, pasando el monte Cenis sin demora el mes de Diciembre. No era entonces el camino como el que ahora recuerda el genio poderoso de Napoleón á los viajeros; mas la travesía pudo Addison hacerla sin gran dificultad por ser aquel invierno de los benignos; circunstancia feliz á que aludió luego en la oda citada, cuando dijo que la divina miseri-

cordia suavizó para él la crudeza del cierzo de las nevadas cumbres de los Alpes (*hoary Alpine hills*). En medio de aquellas nieves compuso la epístola á su amigo Montague, por otro nombre lord Halifax, la cual, con haber sido tan celebrada otro tiempo, ahora no la conoce sino muy escaso número de personas eruditas, y con ser superior á las composiciones análogas publicadas hasta entonces en Inglaterra, no merece que la citemos en la ejecutoria literaria de Addison, porque no añade timbres á sus blasones. Pero sean los que fueren los méritos ó los defectos de la epístola á Montague, la estimamos digna de mencion y de alabanza, y honra mucho los principios y sentimientos de su autor, porque Halifax entonces carecia por completo de crédito en la corte, pues acababa de ser destituido, difamado y perseguido por la Cámara de los Comunes; y aun cuando sus Pares lo habian absuelto, ya no le quedaban probabilidades, á lo ménos en la opinion pública, de volver al gobierno de su patria; siendo por tanto la obra de Addison á que nos referimos una de las pruebas más convincentes de que si se distinguió de todos los hombres políticos de su siglo por la dulzura y moderacion extraordinaria de su carácter, no deberá de acusarlo nunca la posteridad de servilismo, ingratitude ni baja.

XV.

En Génova supo Addison que por efecto de una modificacion parcial de Gabinete ocurrida en Inglaterra, el conde de Manchester habia sido nombrado secretario de Estado. Manchester entonces se propuso ser útil á su amigo; y como creyeran oportuno

sus compañeros de Ministerio enviar un agente inglés al príncipe Eugenio, de comun acuerdo designaron á nuestro Addison, cuya educacion diplomática estaba terminada, para desempeñar tan honroso cometido. Disponfase á marchar á su destino cuando la muerte de Guillermo III vino á destruir por el momento sus esperanzas de prosperidad.

Siempre habia sido Ana enemiga personal, política y religiosa del partido *whig*; pero al ocupar el trono se apresuró á demostrarle su mala voluntad, comenzando por recoger los sellos al de Manchester, que sólo habia ejercido su cargo algunas semanas, y por cerrar las puertas de su Consejo privado á Somers y á Halifax. Addison participó de la mala ventura de sus tres protectores, no esperando tampoco poder conseguir empleo; y como, para colmo de su desgracia, hubiera perdido los emolumentos que le asignaron al emprender el viaje de Francia, hubo de procurarse los medios de ocurrir á sus necesidades con su trabajo, y aceptó el encargo de preceptor de un jóven inglés acaudalado, que se proponia recorrer la Suiza y la Alemania. Durante aquella expedicion, escribió su notable *Tratado de las Medallas*, libro que no vió la luz pública sino despues de su muerte, pero que al ser conocido de algunos sabios cuando aún se hallaba manuscrito, mereció de todos grandes alabanzas por su estilo, su erudicion y el buen gusto de sus citas.

De Alemania se trasladó Addison á Holanda, en donde recibió la triste noticia del fallecimiento de su padre, y despues de haber pasado unos meses en las Provincias Unidas regresó á Inglaterra á fines de 1703; recibéndolo sus amigos con los brazos abiertos, y haciéndolo inscribir á seguida en el *Club Kit-Cat*, sociedad en cuyo seno se contaban todos

los hombres de talento y de mérito del partido *whig*.

XVI.

Durante los primeros meses que siguieron á su partida del continente, Addison experimentó grandísima escasez de recursos; pero sus ilustres protectores hallaron presto el modo de sacarlo de pobreza, merced al cambio político tan importante que iba verificándose lenta, callada y gradualmente. Cierto es que los *torjes* habian saludado el advenimiento de la reina Ana con trasportes de alegría y esperanza, y que la nacion pudo creer entónces que los *whigs* no volverian al poder nunca más, no sólo atendiendo á la mala voluntad que la Soberana les tenia, sino á que rodeaban el trono precisamente aquellos á quienes la opinion pública suponía más fuertemente adictos á la régia prerogativa y á la Iglesia; como que Godolphin, lord tesorero, y el capitán general Marlborough eran, de todos ellos, los dos que poseian el favor de la Reina en mayor grado. Con esto, la nobleza y el clero de los condados esperaban que la política de los ministros seguiria rumbos opuestos á la que siguió constantemente Guillermo III; pero fracasaron sus esperanzas, porque ni Godolphin ni Marlborough participaban de las preocupaciones absurdas y de las pasiones desahoradas de los curas y de los nobles del campo; y comprendiendo que no sólo el interés general de la nacion, sino el suyo particular, les haria en un plazo no lejano adoptar la política exterior de los *whigs*, empezaron á inspirar sus actos en ella y en su conducta económica. Lo cual,

visto de los *torjes* exaltados, se apartaron del Gobierno, negándole su apoyo, y poniendo á éste en la necesidad de merecer y alcanzar el de los *whigs*, la Reina hubo de hacer cuantas concesiones se juzgaron necesarias á procurar á sus ministros los votos de que habian menester para sostenerse parlamentariamente. Nada eran á principios de 1704 en las esferas gubernamentales Somers, Halifax, Sunderland y Cowper, ni tampoco los ligaba coalicion ostensible á los *torjes* moderados, ni ménos parecia probable que hubiera pactos secretos ni aun tratos entre ambos partidos, y, sin embargo, todos los hombres políticos consideraban la coalicion inevitable y hasta formada, ó al ménos convenida. Tal era el estado de las cosas cuando llegó á Inglaterra la noticia de la gran batalla dada en Blenheim el 13 de Agosto de 1704, y al saber los *whigs* el suceso rompieron en aclamaciones de alegría y de orgullo. ¿Qué falta ni qué desacuerdo hubieran podido invocar entónces contra el caudillo ilustre cuya pericia mudaba en un sólo dia la faz de Europa, salvando de ruina inminente al solio imperial, humillando la casa de Borbon, y poniendo la revolucion de 1688 al abrigo de asechanzas y ataques exteriores? Los *torjes* no sintieron de igual modo que los *whigs*; y como no podian sin cometer gravísima falta expresar francamente la pesadumbre que les causaba un suceso tan glorioso para la patria, tambien aplaudieron; pero de una manera tan triste y fria, que produjo íntimo y profundo disgusto al general victorioso y á sus amigos.

XVII.

Godolphin no era hombre de mucha lectura, y todo el tiempo que le dejaban libre los negocios públicos lo pasaba en New-Market ó delante del tapete de una mesa de juego; pero comprendia las bellezas literarias y era, demas de esto, sobrado inteligente para no reconocer que la literatura se transformaba en arma poderosa de las contiendas políticas, y que los grandes generales del ejército *whig* reforzaron sus falanges otro tiempo y aumentaron su influencia personal dispensando generosa y prudente proteccion á los buenos escritores contemporáneos. Y como la ridícula mediocridad de los poemas publicados en conmemoracion de la batalla de Blenheim le causó justo enojo, intentó desagraciarse buscando quien hiciera mejores versos. El Tesorero lo ignoraba; pero consultó á lord Halifax, el cual se negó al principio á secundarlo en sus investigaciones, pues si bien habia protegido á los hombres de talento, los tiempos eran otros, y otras tambien las máximas que prevalecian, pareciendo preferible invertir grandes sumas del Tesoro público en hombres que nada merecian, á sacar con ellas de la miseria y de la oscuridad los de verdadero talento. Sin embargo, Halifax le dijo al cabo: «Conozco á un poeta que cantaria la batalla de Blenheim de un modo digno del asunto; mas no quiero decir su nombre.» Y como insistiera Godolphin, hombre hábil para calmar con dulces palabras los resentimientos de sus enemigos, y más cuando se hallaba, como en aquel caso, menesteroso de la benevolencia de los *whigs*, cediendo Halifax á sus instancias

acabó por nombrar á Addison. Pero preocupándose ante todo de la dignidad y de los intereses pecunarios de su amigo y protegido, exigió que se dirigiera el ministro directamente y con las mayores consideraciones al mismo Addison. Godolphin le contestó que las cosas se harían de modo satisfactorio para todos.

Habitaba el poeta en la buhardilla de una casa de Haymarket, en cuyo piso bajo había una tienda; y la mañana siguiente al día en que hablaron Godolphin y Halifax la conversacion que acabamos de referir, llamó á su puerta, sorprendiéndolo con su visita el mismo Boyle, ministro de Hacienda (Chancellor of the Exchequer), que luégo fué lord Carleton, perteneciente á ilustre familia, y á quien el lord Tesorero había designado por su embajador al desvalido literato en aquella circunstancia. Addison aceptó las proposiciones del Ministro con tanto más gusto, cuanto que debían de ser muy gratas á un *whig* tan puro y ardiente como él. No bien hubo terminado la mitad de su obra, la llevó á Godolphin, y el Ministro quedó tan satisfecho del trabajo, sobre todo de la famosa comparacion del ángel (1), que lo nombró á seguida para un destino con doscientas libras esterlinas anuales de sueldo, prometiéndole más grande recompensa pasado que fuera cierto tiempo.

(1) So, when an angel, by divine command,
With rising tempests shakes a guilty land
Such as of late o'er pale Britannia past,
Calm and serene he drives the furions blast, etc.
(The Campaign.)

XVIII.

De allí á poco se dió á luz el poema titulado *La Campaña*, y el público participó del entusiasmo del ministro. Por lo que hace á nosotros, preferimos la *Epístola á Halifax*, sin que por eso sea nuestro ánimo negar su mérito, ni ménos decir que no merece ser clasificado entre las obras principales que parecieron entre la muerte de Dryden y la aurora de Pope; pues nos hallamos conformes de todo en todo con los elogios que Johnson le tributó al rendir grandes alabanzas al atrevimiento y buen sentido de que dió muestras Addison en aquel caso, renunciando á las ficciones consagradas por la costumbre. Porque si Homero al cantar los héroes de la Grecia no se apartó de la verdad en su poesía, desgraciadamente cuando sus sucesores, desde los más inmediatos hasta los últimos del siglo pasado, quisieron describir batallas diferentes bajo todos aspectos de aquellas que inmortalizó él, sólo supieron imitar de una manera servil *La Ilíada*. Tanto es así, que poco tiempo ántes de parecer *La Campaña*, un autor muy distinguido llamado John Philips, á quien se debe el *Splendid Shilling*, se atrevió á representar á Marlborough ganando la batalla de Blenheim por obra de su fuerza muscular y de su pericia extraordinaria en el manejo de las armas (1). Pero

(1) Churhill, viewing where
The violence of Tallard most prevailed,
Came to oppose his slaughtering arm. With speed
Precipitate he rode, urging his way
O'er hills of gasping heroes, and fallen steeds
Rolling in death. Destruction, grim with blood,

Addison tenía sobrado buen gusto y buen juicio para someterse á una moda tan ridícula, y no ensalzó sino aquellas cualidades que podían realmente hacer de Marlborough un grande hombre, á saber, su energía, su sagacidad y su ciencia militar, encareciendo más principalmente la serenidad de espíritu con que observaba y ordenaba cuanto era necesario en medio de la confusion, del tumulto y de la carnicería de los campos de batalla, cual si estuviera recogido y solo en su gabinete.

Contenia *La Campaña*, como hemos visto, la famosa comparacion de Marlborough con el ángel que suscita y dirige temerosa tempestad; y aunque no queremos discutir la exactitud de las observaciones de Johnson acerca del pasaje citado, haremos una que no se halla en ningun crítico, y es la de que la impresion extraordinaria que produjo en el público, incomprendible para la siguiente generacion, debe de atribuirse, á no dudarlo, en su mayor parte, á un verso que la generalidad de los lectores considera hoy á modo de feble paréntesis, y es este:

«Such as, of late, o'er pale Britania pass'd (1).»

Porque Addison habla, como se ve, no de una tempestad abstracta, sino de la que hizo palidecer de terror á la Inglaterra, siendo ésta la tan terrible del mes de Noviembre de 1703, que por su estrago fué

Attends his furious course. Around his head
The glowing balls play innocent, while he
With dire impetuous sway deals fatal blows
Among the flying Gauls. In Gallic blood
He dyes his reeking sword, and strews the ground
With headless ranks. What can they do? Or how
Withstand his wide-destroying sword?.

(1) «Cual no ha mucho pasó por sobre la Inglaterra pálida de terror.»

la única que hasta entónces igualara en nuestras latitudes la impetuosa violencia de los huracanes tropicales, dejando en la memoria de todos terrible y aciago recuerdo; que ningun otro huracan ha dado lugar en Inglaterra á informaciones parlamentarias y penitencias nacionales públicas sino éste, que destruyó flotas enteras, derribó inmensos y sólidos palacios, sepultando en las ruinas de uno de ellos á un prelado; que arrancó de cuajo millares de árboles, y cuyo paso imprimió huellas tan medrosas en los condados meridionales, que Lóndres y Bristol ofrecían el aspecto de ciudades tomadas por asalto tras prolongado asedio y ruda resistencia, conservando sus habitantes vivo aún el recuerdo de tanta desolacion y desventura. De aquí tambien que la popularidad alcanzada por la comparacion del «ángel» entre los contemporáneos de Addison nos haya parecido siempre una prueba evidéntisima de la ventaja que así en la poesia como en la retórica tiene lo *particular* sobre lo *general*.

XIX.

Poco despues de la publicacion de *La Campaña*, dió Addison á luz sus viajes por Italia; y como la mayoría de los lectores esperaba sin duda encontrar en el libro revelaciones políticas ó anécdotas escandalosas, la primera impresion que produjo fué de contrariedad y sorpresa, viendo que ántes se habia ocupado el autor de la guerra de troyanos y rútilos que de la de franceses y austriacos, y que daba muestras de no haber oido hablar de galanteos despues de los tan famosos de la emperatriz Faustina. Sin embargo, poco á poco fué adoptando